

Prólogo

Roberto Crobu, Psicólogo, autor de libros «Camino al Cambio» y «Liderar la Incertidumbre» Fundador y Propietario de optima-coaching.es; apasionado del Talento Humano, la Productividad, y los Logros de Personas y Equipos.

Uno de los más gratificantes reconocimientos a mi carrera profesional, fue haber sido elegido, por este equipo de profesores de la Universidad Católica de Murcia para redactar el prólogo de su nuevo libro: «Educación de la mente ética: un desafío del presente para el futuro», justamente en medio del proceso de creación de mi cuarto texto, en el que trato en profundidad la problemática socio-económico-laboral que supondrá en los próximos años la escasez de talento necesario para hacer frente a los retos en los que se verá inmersa la humanidad. Vivimos y viviremos en un mundo cuya velocidad de cambio será difícil de sostener, debido a la automatización de procesos, la inteligencia artificial, y las aplicaciones a la vida diaria de nanotecnología, biotecnología, internet de las cosas (IoT), computación cuántica, y ciencia de materiales. La nueva revolución tecnológica, llamada también cuarta revolución industrial, supondrá el cambio más drástico y de mayor impacto de la historia, y una transformación de la humanidad sin precedentes. Jamás hubo una época de tanta evolución y a la vez mayor peligro: las personas y su ética serán el factor determinante para que esta era se convierta en progreso, o en la mayor catástrofe de la humanidad. Tal como afirma Claus Schwab autor del libro «La Cuarta Revolución Industrial» (2016), fundador y director del Foro Económico Mundial, la tecnología no es una fuerza exógena, sobre la cual no tenemos el control: la educación y la ética de las personas determinará el uso benévolo o malévolo de dichos instrumentos. La ética será determinante, y la clave residirá en si el mundo de la educación, será capaz de ponerse al paso de dichos avances y evolucionar a la misma velocidad en la que se harán patentes las necesidades sociales producidas por esos cambios.

Esta obra, fruto de las reflexiones e investigaciones de diversos autores queda enmarcada en ocho capítulos, se trata precisamente de arro-

jar cierta luz acerca del rumbo que ha de tomar el mundo de la educación, y las necesidades que han de atender las ciencias pedagógicas y educativas, para ir al paso con los tiempos, manteniéndose dentro de unos valores humanistas que permitirán a los actores no desvirtuarse ante la confusión y el ruido provocado por el marketing efímero de filosofías educativas de moda. A la vez, este libro se propone también el reto de superar el inmovilismo estéril de los sistemas educativos tradicionales, con propuestas que es conveniente considerar para actualizar y evolucionar en las actuales técnicas y metodologías educativas.

Actualmente seguimos un linaje de más de dos mil años de cultura occidental en los que la educación pasó por distintas fases y transformaciones, adaptándose a los logros de la humanidad, sin perder de vista su esencia: y la esencia de nuestra cultura europea occidental, se forja sobre la base de los filósofos clásicos: la antigua Grecia, dio vida a una serie de corrientes filosóficas que permearon e imprimieron un fuerte carácter a las técnicas y corrientes pedagógico-educativas. Una de ellas es el estoicismo, corriente a la que fui recientemente asociado por un amigo historiador que leyó mis dos primeras obras y sentenció con la siguiente afirmación: *«No cabe duda de que Roberto es el nuevo exponente de la corriente filosófica del estoicismo, dos mil años después de Seneca»*.

Esta curiosa sincronicidad me lleva hoy a abrir el prólogo de este libro con el primer capítulo del Dr. Miguel Pablo Sancho, quien usa la figura del emperador Marco Aurelio, también perteneciente a la corriente del estoicismo, como ejemplo de un proceso educativo exitoso. Hoy en día las cosas no han cambiado y, si queremos una enseñanza que empodere a las personas, el estoicismo tendrá que seguir permeando los centros educativos: podemos observar que la excelencia (concepto con el que me encuentro más cómodo respecto al de éxito) está directamente vinculada a la asunción del esfuerzo y el mérito. Basta pensar en los modelos de excelencia de los deportistas de la actualidad: Rafael Nadal, Mireia Belmonte, Teresa Perales, Ruth Beitia, Pau Gasol, Jorge Lorenzo o Fernando Alonso, son profesionales que lograron resultados excelentes como consecuencia de un alto compromiso, esfuerzo sostenido y continuado, así como el afrontamiento y la superación de dificultades e incomodidades a lo largo de los años. Una vida cómoda, no conduce a la excelencia: en la comodidad no hay prosperidad. Del mismo modo, no se puede lograr la excelencia evitando el fracaso, sino afrontándolo. La corriente estoica es un gran soporte para los logros humanos que pretenden ir más allá del corto plazo y la recompensa inmediata.

Diseñar y elaborar intervenciones socioeducativas tiene que contemplar cómo mantener vivo este enfoque en un periodo histórico en el que la velocidad del click nos programa cada vez más para buscar recompensas inmediatas y efímeras. Para ello los programas educativos han de basarse en unos ejes de organización y planificación flexibles, a la vez que rigurosamente referenciados. La tradicional rigidez ha de dejar paso a una sostenida flexibilidad, mientras que la posibilidad de revisión, ha de soportarse en base a evidencias contrastadas, sin que se convierta en cambios bruscos y abruptos, tal como hemos asistido cada vez que un gobierno sucediera a otro. Vivimos en un mundo que los expertos llaman VUCA (del inglés: volátil, incierto, complejo y ambiguo), donde los productos al uso tienen un plazo de caducidad cada vez más corto, y la innovación tecnológica permea transversalmente todo proceso cognitivo de aprendizaje. Formar en valores no puede dejar de lado la implementación de la informática, o el dotarse de líneas maestras lo suficientemente amplias y flexibles para adaptarse a los cambios de necesidades de los alumnos, de los centros, de los docentes y de las familias. Los programas ministeriales han de restituir al maestro la figura de máximo responsable del diseño y adaptación de los planes formativos, en lugar de un mero ejecutor de los mismos, como si fuera el engranaje de una maquinaria con una obsolescencia cada vez más corta. Y para ello hemos de apelar a unos maestros, con grandes dotes emocionales, actualizados en materia de tecnología del aprendizaje, y un profundo sentido ético y de la responsabilidad. En el segundo capítulo la Dra. Mari Carmen Fernández Vidal, el Dr. Xavier Lorente Guerrero y la Dra. María Luisa Rodes Bravo, abordan la importancia del diseño y organización de intervenciones socioeducativas.

El concepto de buen maestro ha de entenderse como un concepto universal que existe y trasciende la subjetividad de las creencias individuales de un solo profesional en un determinado contexto histórico: miles de años de educación nos contemplan y sientan la experiencia de lo que podemos considerar como éticamente valioso y lo que no lo es. Parfraseando a Yuval Noah Harari (autor de los libros «Sapiens» (2015), y «Homo Deus» (2017)) añadiría a este capítulo que la singularidad del ser humano, con respecto a las otras especies animales, reside en la capacidad de cooperar de manera flexible en grandes números. Para ello es importante imaginar y crear historias compartidas con narrativas que unan a las personas. Esta capacidad le hace tan poderoso como frágil, ayudándole en algunos casos a prever escenarios futuros para anticiparse a ellos, y llevándole, en otros, a vivir tan desco-

nectado de sí mismo, del presente, de su naturaleza más esencial (aquella naturaleza donde residen a priori los principios y valores éticos universales) para justificar bajo una fría racionalidad, acciones y comportamientos en contra de otros seres. Alejado de un sentido ético propio de su naturaleza más esencial, el ser humano se convierte también en el único animal del mundo capaz de hacer daño reiteradamente a los de su propia especie. Y tal como afirma Howard Gardner, una mala persona nunca podrá ser un buen profesional.

Esto nos proyecta al capítulo tercero escrito por Dña. M.^a José Lombarte, la Dra. Sonia M.^a Martínez y la Dra. Lina M.^a Tomás. Tal como afirma el mismo Gardner, la mente ética es una de las cinco mentes que ha de cultivar el ser humano para prosperar en el mundo presente y futuro. La mente ética tiene consciencia de lo social, del impacto que nuestras acciones tienen en los demás: requiere de un sentido y una consciencia sistémica. Todos estamos relacionados y entrelazados. Nuestras acciones producen consecuencias en los demás: el auge de las redes sociales y el mundo de la hiperconexión nos lo demuestra a diario. No es casual que Daniel Goleman mencionara en su libro «Focus» (2013), que la visión sistémica se sitúa como la capacidad que discrimina a los grandes líderes y directivos de empresa, respecto a los demás. Porque gracias a ella se pueden constituir y mantener organizaciones de trabajo y proyectos muy complejos para generar soluciones útiles y afrontar los retos de la humanidad en el siglo XXI. Fomentar la visión sistémica es uno de los componentes esenciales que contribuyen a madurar la inteligencia ética, aunque por el camino de aprendizaje nos tocará lidiar con algunas insidias tales como la dispersión de los alumnos: una investigación realizada en 2010 en Estados Unidos reveló que los adolescentes de entre 13 y 17 años, solían recibir un promedio de 3339 sms al mes (unos 110 cada día).

En 2010 no existía Whatsapp y los sms eran de pago: recientemente, en 2017, en España, tras confiscar el teléfono a su hijo durante 3 días, un padre descubrió que en el transcurso el móvil recibió más de 14000 mensajes de whatsapp. Lejos de ser un caso común, sienta un indicador de lo que puede suponer para el ser humano coquetear con las tecnologías sin una educación y sensibilización previa. El riesgo de dispersión acecha toda intención de lograr ser productivos cuando se trabaja en equipos organizados y orientados hacia un objetivo. El mundo de la empresa no puede esperar para formar a personas a trabajar en equipo y ser productivas en ello. Aprender a trascender la subjetividad de criterio para construir y crear ideas y soluciones nuevas ha de cultivarse des-

de las más tempranas edades del aprendizaje. En la época donde el talento sucederá al capital como bien máspreciado y codiciado por las empresas, tal como indica Juan Carlos Cubeiro en su libro, «Del Capitalismo al Talentismo» (2012), educar a las personas a trabajar en equipo de manera productiva será uno de los antídotos para luchar contra la escasez de talento que vaticina el informe Manpower de 2016.

Vivimos en un mundo plural en el que la construcción de una sociedad fuerte y sólida no puede fundamentarse en la división, el sectarismo y el provincialismo. La aceptación de la diversidad se convierte en uno de los grandes retos de la humanidad tan globalizada y fragmentada a la vez. Entender a la diversidad como riqueza de oportunidades, en lugar de amenaza ante el cambio que supone la necesidad de relacionarse con ella, es un proceso que afecta tanto a quien recibe al «diverso» en su casa, como a quien entra en el territorio, la cultura, y los hábitos ajenos, adaptando su forma de pensar y comunicarse a la de quien le recibe: aprender un idioma ajeno y aceptar su gramática y usos, es un ejercicio que favorece la empatía, la sintonía, y la aceptación del otro. En el cuarto capítulo, la Dra. Ana María Aguilar López relata la importancia del estudio del idioma español, y del uso de condicionales y subjuntivos como oportunidad para promover la capacidad de desarrollar la empatía: relativizar uno sus propios pensamientos, y ponerse lo más cerca posible al otro.

Compartir un código lingüístico permite crear narrativas e incrementar el número de historias compartidas: y con ello desarrollar relaciones sociales. Las nuevas tecnologías ayudan a este proceso, permitiendo conexiones instantáneas y rápidas. Gracias a ello el conocimiento se comparte y multiplica cada vez más rápido. Y los mapas políticos y geográficos dejan paso a la constitución de sociedades virtuales aglomeradas en torno a elementos comunes. Si Facebook fuera un país, sería el más grande del planeta. Y si los consumidores de Coca-Cola suscritos a su página de Facebook fueran una nación, serían sin duda un país más grande que España. Debido a ello la población mundial, a la vez que se globaliza, también se fragmenta en distintas capas y estratos «multicanal» que convierten al ciudadano de una nación en un consumidor de información estructurada de manera fractal con todo un mundo de posibilidades a distancia de un click. En los años 60, Gordon Moore predijo que llegaría un día en que el conocimiento que maneje la humanidad (aplicado sobre todo a la capacidad de computación de los transistores) se duplicaría cada dos años: la llamaron Ley de Moore. En 1995 la humanidad podía duplicar el cono-

cimiento cada 10 años gracias a la irrupción de internet. En 2020 el MIT (Massachusetts Institute of Technology) estima que se podrá duplicar el conocimiento cada 73 días gracias a que los sistemas conectados (internet de las cosas) serán capaces de actualizarse automáticamente y aprender por sí mismos mediante el Big Data y el Blockchain. Los procesos educativos no pueden permanecer ajenos a este cambio disruptivo: una persona que estudie una carrera de cuatro años, en 2025 saldrá de la universidad con más de un 70% de conocimiento obsoleto. Para un alumno, los procesos de toma de decisiones y manejo de información compleja cobrarán mayor importancia respecto a los de adquisición y memorización. Así como los procesos atencionales del alumno y relacionales entre alumnos y alumno-docente habrán de adaptarse a esta nueva realidad. La Dra. Silvia Pezzoli, aborda en el capítulo quinto la necesaria reflexión acerca de los cambios de procesos de aprendizaje en este nuevo escenario.

Ante el Tsunami tecnológico que nos espera, se corre el riesgo de que en el intento de «convivir con lo digital» perdamos de vista nuestra propia esencia humana: ¿dónde queda la familia en todo este proceso en el que la persona corre hacia una mayor tendencia a relacionarse mediante interfaces tecnológicas? La familia se posiciona donde siempre ha estado: la bisagra entre el individuo y la sociedad: no puede haber una sociedad sana basada en relaciones familiares disfuncionales. La familia sigue y seguirá siendo la célula básica de funcionamiento de la sociedad: el núcleo principal para desarrollar relaciones de confianza, sólidas y duraderas, ingredientes esenciales para la constitución de la ética. Las relaciones familiares constituyen el ADN no digitalizables, no subrogables, ni reproducibles de manera artificial, pese a que la soledad de muchos llevará a la necesaria creación y comercialización de «robots de compañía» y al uso, capaces de sentir compasión y entregar amor «artificial» como demuestran Siri de Apple, o Erika, la nueva creación del doctor Ishiguro, director de robótica en la Universidad de Osaka. Pero la capacidad de crear y mantener relaciones saludables y éticas seguirá siendo una responsabilidad individual: dependerá de la capacidad de las personas, constituir y mantener vínculos familiares. En el capítulo sexto, Dña. Amparo Fernández Delgado, abordará el concepto de familia como núcleo formador de personas.

Las personas que elijan no sacrificar el proyecto familiar para una profesión, tendrán que acostumbrarse a trabajar de diferente manera. Ya no se habla de un trabajo para toda la vida, y ni siquiera de tener que trabajar durante toda la vida. Las necesidades de conciliación en

un mundo en el que las comunicaciones instantáneas están rompiendo la histórica separación entre vida profesional y vida personal, nos llevarán a establecer metodologías de trabajo más productivas y rentables, a la vez que flexibles. Trabajar por proyectos y con personas ubicadas en distintos lugares geográficos, se está convirtiendo hoy mismo en una realidad que surge de la necesidad de conciliar intereses e inquietudes personales, necesidades económicas de una renta, vida familiar y reducción de costes empresariales. Pero el trabajo por proyectos requiere el desarrollo de habilidades colaborativas y de cooperación, confianza entre personas, y comunicación eficiente. Educar a las personas en habilidades para trabajar por proyectos es una necesidad de la que Dña. Míriam Rovirosa Mairlot y la Dra. Beatriz Peña Acuña, se encargarán de detallar en el séptimo capítulo. Los profesionales de la educación tienen el gran reto de reconvertir el sentido mismo del aprendizaje, formando en competencias transversales como el trabajo en equipo, sin caer en la dispersión que suele conllevar la mezcla de información y aportaciones individuales dentro de un conjunto de personas, así como el uso y recurso de aplicaciones de Tecnología de la Información y Comunicación (TIC).

El reto de los estudiantes no será la adquisición de conocimiento, sino conseguir identificar el conocimiento de valor ante la multitud de información trivial, y transformarlo en productos finales de conjunto, partiendo de metodologías de trabajo colaborativo y constructivo que integren y no excluyan a las oportunidades que ofrecen los avances tecnológicos de las TIC's. Las escuelas y la enseñanza no pueden seguir funcionando ajenas a la transformación digital. No pueden exigir a las personas a que se adapten a sus modelos de comunicación que la misma sociedad se ha encargado de evolucionar y poner en uso: en lugar de frenar el cambio, la cuestión reside en estudiar cómo aprovecharlo; en lugar de pedir a los alumnos dejen fuera el Smartphone cuando entren a clase, quizá haya que preguntarse de qué manera las clases pueden entrar en la vida del estudiante a través del Smartphone.

La tecnología, como la antigua historia de la piedra, según la cual unos la usan para matar, otros para crear escultura y belleza, y otros como herramienta para otros fines, no se define a sí misma como «buena» o «mala». Es el uso que se hace de ella que marca su condición. Así es como llegamos al último trabajo de este proyecto, aportado por Don Andrés Carlos López Herrero, que nos demuestra que las TIC's, adecuadamente implementadas, pueden usarse para fines tan nobles como el desarrollo de las fortalezas personales y, en particular, la resiliencia.